

la industria editorial. Precisamente dentro de lo que convencionalmente se viene denominando literatura infantil, cada vez resulta más abundante el libro constituido exclusivamente por imágenes. Y yo me pregunto en base a qué principios o razones podemos considerar esto como literatura infantil, mientras excluimos de ese apartado una película del Pato Donald o un disco en que se cuenta en forma dialogada Caperucita Roja, con acompañamiento musical y todo. Me parece muy bien considerar que la narrativa escrita, oral y gráfica tiene leyes estructurales y retóricas diferentes. Pero intelectualmente resulta inadmisibles establecer distinciones culturales basándonos exclusivamente en métodos de reproducción industrial.

Pero si cuestionamos lo literario desde ese doble aspecto de la separación, por una parte, entre lo didáctico y lo lúdico, o, con terminología freudiana, entre lo que pertenece al principio del placer o al principio de la realidad, y, por otra, de lo que se presenta en forma impresa o no impresa, aún nos resulta más cuestionable si a ese término equívoco de lo literario lo calificamos y delimitamos como infantil.

Muchas veces he sostenido que si hoy hablamos tanto de literatura infantil, si nos preocupamos tanto por una literatura infantil es, ante todo, por motivos predominantemente económicos. En este momento, el niño y el joven configuran un mercado importantísimo que es preciso cuidar. En el fondo, ésta es la razón de que se hable de una literatura infantil y juvenil y no de una literatura de la tercera edad, pongamos por caso. Pero no quiero llevar este argumento a su último extremo, y voy a admitir el carácter específico de la infancia en el sentido de que infancia y juventud son tan sólo algo necesariamente transitorio que llevan a lo realmente importante y permanente (relativamente permanente): la persona adulta. En otras palabras: voy a admitir que infancia y juventud son la edad del aprendizaje y que, como tal, tienen necesidad de un tratamiento específico que implica incluso una específica literatura. Pero aún admitiendo esto, el calificativo infantil y juvenil me sigue pareciendo cuestionable.

En primer lugar, ¿cómo podemos hacer unidad del niño y el joven? ¿Cómo podemos hacer destinatarios de un solo producto a tan diversas entidades? El hecho resulta tanto más absurdo cuanto unimos lo literario a la palabra escrita, ya que una buena parte de esa diversidad a la que nos empeñamos en tratarla de una manera unitaria, no sabe leer. ¿Resultaría mucho más lógico hablar de la literatura en la edad del pensamiento mágico y de literatura en la edad del pensamiento lógico, según la terminología de Piaget y únicamente en este segundo apartado establecer en todo caso la distinción entre una literatura para jóvenes y una literatura para adultos? Ciertamente la distinción es también discutible, porque desde el punto de vista de mi experiencia personal una gran parte de las lecturas favoritas de mi juventud siguen siéndolo de mi edad adulta. Pero admitamos que existe una diferencia, que el joven tiene un mundo propio desde el punto de vista de la demanda de los productos literarios. Ahora bien, ¿es o no este mundo propio del joven el determinante de la producción de la llamada literatura juvenil?

Surge aquí la segunda interrogación: ¿Qué entendemos por literatura infantil y juvenil, la que se hace para los niños y los jóvenes o la que niños y jóvenes adoptan y hacen suya con independencia de la intencionalidad de quien la hizo? Creo que la

disyuntiva es correcta, pues los dos términos no siempre coinciden: es más, muchas veces resultan totalmente opuestos.

Sería fatigoso enumerar obras destinadas a niños que tan sólo consiguen la mayor hostilidad por parte de sus destinatarios. ¿Qué niño no ha odiado Telémaco; de cuantas azotainas no ha sido responsable la bienintencionada obra de Fenelón? Y, sin embargo, ¿cuántas obras en las que no se tuvo en cuenta para nada la aceptación de los jóvenes han sido entusiásticamente incorporadas a sus lecturas? ¿Es que alguien en la actualidad puede creer que originariamente, los cuentos maravillosos tenían al niño como único y principal destinatario? ¿Podía acaso el señor Jonathan Swift prever que su feroz y sombría sátira se convertiría en un clásico de la literatura infantil? Sería tan fatigoso como inútil multiplicar los ejemplos.

Hay un hecho claro. Lo que generalmente se considera literatura infantil y juvenil es una literatura hecha por los adultos con la clara y decidida intención de que, a través de ella, el niño y el adolescente adquieran una serie de valores, actitudes y destrezas que son esenciales —de acuerdo con los sistemas culturales de la sociedad a la que el adulto pertenece—, para su adaptación a dicha sociedad. La literatura infantil y juvenil se plantea, pues, como una pieza más de las que configuran el proceso de socialización al que se somete al niño y al adolescente. La peculiaridad de esta pieza se halla en el camuflaje de su verdadera naturaleza. Se pretende ocultar el carácter coactivo implícito en todo proceso de socialización y presentarlo como algo voluntario y jubilosamente asumido. En otras palabras: la literatura infantil se concibe con la siempre difícil y discutible pretensión de complacer a dos señores. *Fabricada* para servir al principio de la realidad, pretende llegar a conseguirlo a través del «principio del placer». Algo así como caminar sobre el filo de la navaja.

Bruno Bettelheim se ha especializado en probar que el relato maravilloso sirve para que el niño, entre otras cosas, se libere de la tremenda angustia que causa ese proceso por el cual un ser se ve obligado a adaptarse a un mundo con una lógica, unos valores y unas necesidades distintas del que le es propio. El cuento maravilloso, es decir, la literatura adoptada por el propio niño, le sirve a éste como último refugio frente a esa continua agresión a la que le somete el adulto en su afán de socializarlo. Pues bien: pienso que este carácter defensivo es esencial en toda la literatura infantil y juvenil, y es en esto donde creo que únicamente encuentran un factor común estos dos términos (*literatura infantil y juvenil*) tan claramente diferenciados en todos sus demás componentes.

Así pues, si nos referimos a la literatura elegida y adoptada por el propio joven o niño, es decir, aquella que realmente gusta y complace al joven o al niño, esta literatura es, ante todo, un refugio frente a la situación de inferioridad, de sometimiento y de coacción, en que se encuentra en el mundo de los adultos. De ahí que esa literatura pueda casar difícilmente con aquella otra hecha por los adultos para el niño y cuyo propósito es, ante todo y sobre todo, hacer que el lector se adapte a un mundo que le resulta ajeno. Difícil va a ser conciliar dos actitudes tan contrapuestas como la aceptación y la renuncia, el afincamiento y la huida... Difícil va a ser conciliar el principio de la realidad con el principio del placer. Difícil, muy difícil, que esa literatura *intencionadamente* infantil y juvenil, esa literatura de los buenos propósitos,

del enseñar deleitando, sea la literatura que el niño o el joven acepta y hace suyas. Y cuando esto ocurre, cuando algo nacido con la intencionalidad de enseñar y deleitar llega realmente a los destinatarios juveniles, podemos tener —o al menos yo tengo— la seguridad de que esto ocurre porque esa obra le ofrece al lector tan amplias parcelas de exaltación de sus propios valores, tan amplias parcelas de satisfacción subconsciente, tan amplias parcelas de autoafirmación y huida de esa otra realidad ajena que le oprime y avasalla cotidianamente, que bien puede permitirse el lujo de tolerar mínimamente la agresión socializante que el mensaje comparte, y eso en el caso de que, simplemente, no suprima esa agresión, como yo y tantos otros niños hacíamos cuanto nos saltábamos las disquisiciones científicas del por otra parte amado y admirado Julio Verne.

Todo intento de socialización supone la imposición de una determinada realidad. Pero esa realidad es la realidad de quien impone la norma. Al cuestionar el tercer término del título de este trabajo veremos hasta qué punto puede ser la de aquél a quien se le intenta someter a esa imposición.

## ¿Realismo en la literatura infantil y juvenil?

¿Qué entendemos por realismo? Si dentro de la Historia de la Literatura y de la Estética en general la definición y delimitación de este concepto ha hecho correr ríos de tinta, podemos imaginar las dificultades que la definición del mismo entraña cuando lo referimos a ese ente fantasmagórico y problemático que es la literatura infantil y juvenil.

Sin embargo, es en este campo donde, al parecer, se ha llegado a la aceptación menos problemática del concepto del realismo, pues para delimitarlo se ha recurrido a esa simplificación maniquea de la contraposición bipolar. En efecto; al establecer el eje antitético realista-fantástico, tenemos un medio cómodo y seguro de determinar el equívoco y debatido concepto sin perdernos en disquisiciones engorrosas.

Se presenta así el realismo como lo que corresponde a la cotidianeidad de los posibles lectores; lo que dentro de esa sociedad a la cual los lectores pertenecen es verosímil y explicable. Se descartaría, dentro de una definición estricta, no sólo lo irreal, lo que jamás puede suceder (el niño que habla con los árboles), sino incluso lo insólito (el niño que descubre y apresa una banda de criminales).

Pero vemos que, en la práctica, la literatura infantil autodenominada realista no lleva a sus últimos extremos esta conclusión. Si bien rechaza lo irreal, suele complacerse con lo insólito. Cabe preguntarse si existe algún motivo serio para ello. En otras palabras: si no resulta tan convencional, que en un ambiente completamente alejado de la cotidianeidad del lector hablen un árbol y un niño, como que en el ámbito de esa cotidianeidad un niño aprese a una banda de criminales.

Ocurre que, en el fondo, el problema es mucho más complicado; que la distinción de lo real y lo fantástico no resulta tan clara como una visión vulgarmente maniquea quiere hacernos ver y que conceptos como real, irreal, verosímil o inverosímil están cargados de subjetividad, de relatividad y no pueden en ningún momento tomarse como categorías absolutas.